



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Maria Tudor, reina de Inglaterra (conclusion), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—A una Niña (poesia), por doña Juana de Olivares —Contra Soberbia Humildad (continuacion).—Lucia (conclusion), por don Rafael Monares Insa.—Revista de Madrid, por Gazel.—Modas.—Explicacion del pliego de dibujos.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la marquesa de Lambert.

Hemos presentado en el anterior artículo un extracto de la vida de la marquesa de Lambert, para que conocida, ofrezcan mayor interés los sentimientos que manifiesta en sus obras, como le dá indudablemente el conocimiento que tenemos de un autor.

La conducta de la escritora no estaba en contradiccion con sus obras: practicaba lo que escribia; y verdaderamente trazó aquellas páginas para su uso, obteniendo maravillosos resultados. Por esto nuestro interés de que sean conocidas; de presentar á nuestras lectoras, sino el libro que las contiene, las ideas, al menos.

Laméntase de que por mas cuidado que se ponga en la educacion de los hijos, siempre queda muy imperfecta; que para lograrla buena, serian menester buenos ayos; pero, ¿dónde los hay? pregunta; y añade: con dificultad los principes mismos pueden lograrlos y conservarlos. Superior talento se necesita para saberlos dirigir, para inculcar en los primeros años esos buenos principios que aseguran el mérito de toda la vida; porque en dos de sus

tiempos tenemos mas ocasiones de aprovecharnos de la verdad; en la juventud para instruirnos, en la vejez para consolarnos.

Para conseguir este fin tan grande, tan magnífico, no basta solamente quien enseñe lo que está escrito en los libros; además de saber leer en ellos hay que procurar hacerlo en el corazon del hombre, en la sociedad: los maestros cuidan mas de ilustrar el entendimiento con las ciencias, que de dar á conocer el mundo y su trato.

No puede la madre solamente ser la Mentora de su hijo en esta senda; pero puede allanarla con la eleccion de los que le siguen y con sus consejos; para todo lo cual necesita esa instruccion, ese saber, que nunca encareceremos lo bastante.

Al entrar en el mundo, es natural, es preciso proponerse un objeto; porque nadie que tenga un mediano talento, podrá vivir sin ocupacion; y entonces, la aspiracion mas digna, la mas conveniente es la de la gloria, y cada profesion tiene la suya.

Las armas, las letras, las ciencias, las artes, tienen en mas la gloria que la fortuna; porque esta se consigue despues que se ha llegado á un grado tan alto de mérito que hace á uno glorioso. El deseo de adelantar, alienta las mas lisonjeras esperanzas; y para dar im-

pulso al alma, debe ser grande el objeto. No por esto debe faltar la modestia, que es la virtud que enaltece el mérito; pero que ella no apague esa encendida antorcha del deseo, del aliento que conduce á las grandes empresas, que hace superar obstáculos, al parecer imposibles. Esa clase de modestia seria un abatimiento del espíritu que impediria vencer al temor y caminar rápidamente hácia el noble fin propuesto.

Los mayores inconvenientes que hay que superar están en uno mismo. El obtener un derecho no dispensa el cumplimiento de las obligaciones que la naturaleza, la ley y la sociedad imponen. El buen ejemplo que dan los padres deben realzarlo los hijos, si es posible; así se realza la propia gloria, ó causará vergüenza si se dejenera; así se manifiestan las virtudes ó los defectos. El nacimiento obliga á mas honor que el que dá; pues jactarse de su nobleza es alabar el mérito de los otros.

La lealtad, el valor, el desinterés, la bondad, la moderacion, la castidad, la resignacion, la tolerancia, todas esas cualidades que enaltecen á costa de pequeños sacrificios, deben ser cuidadosamente cultivadas: ellas ayudan á cosquistar la gloria.

A. Pirala.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—*Conclusion.*

Cada dia, sin embargo, el despotismo era mayor, y se apelaba con mayor fuerza á los medios de rigor empleados anteriormente por Enrique VIII contra los católicos. El Príncipe, que en un principio trató de hacerse partidarios, obteniendo la reconciliacion de la Reina con Isabel, y mostrándose tolerante respecto á opiniones religiosas, obligaba secretamente á la Reina á seguir el sistema de opresion que creia conveniente al logro de sus designios.

Graves alteraciones acaecidas entonces en la salud de Maria, hicieron concebir la esperanza de que daria un sucesor á la corona de Inglaterra, pe-

ro los médicos calificaron al fin de hidropesía aquella enfermedad que terminó sus dias. Doliente siempre, postrada en su lecho, ó recostada en un sillón, pasaba la Reina su triste vida, sin gobernar mas que en el nombre, ignorando tal vez todas las crueldades que en él se cometieron.

Su confesor Alfonso de Castro refiere, que negándose á firmar una orden que la presentaron, Felipe, valiéndose de la violencia, la obligó á estampar sobre el papel una rúbrica informe, que bastó sin embargo para obtener la muerte de algunos desgraciados.

Tan repetidos sufrimientos, unidos al desprecio con que la trataba su esposo, á quien adoraba, unidos á la ausencia de éste, que habia partido á Bruselas, agotaron sus fuerzas quebrantadas ya.

Con la esperanza de verle, trabajaba entretanto á fin de asegurarle la sucesion á la corona. Las conspiraciones habian vuelto á renacer, hallándose siempre al frente de ellas la princesa, su hermana. Las marcadas deferencias de Felipe hácia ella la alentaban, dando pábulo á malignas murmuraciones.

Volvió Felipe á Inglaterra, pero fué únicamente para disponerse á hacer la guerra á Francia. En vano Maria trató de evitarla; vióse forzada á emprenderla, pero con tan mal éxito, que muy pronto Calais, único punto importante que poseian los ingleses en Francia, cayó en poder de las tropas enemigas.

El dolor de la Reina al comunicarla tan fatal nueva fué inmenso, y aceleró su muerte.

—Calais, Calais, repetia maquinalmente; que abran mi corazon y encontrarán en él á Calais!

Antes de morir envió su cetro y su corona á Isabel.

La llamó tambien á su cabecera para darla el último adios.

—Sabes, hermana mia, la dijo, que te he perdonado siempre, y ahora quiero repetírtelo. Vas á heredarme, y ahora conocerás que hay mas espinas que diamantes en la corona de un soberano. Ojalá seas mas feliz que yo!

La pidió luego con los ojos llenos de lágrimas, que conservase en el reino la integridad de la religion católica, y por último, la gracia de ser sepultada junto á su madre, la noble Catalina de Aragon. Este justo deseo no la fué cumplido por la ingrata Isabel, y hasta despues de su muerte ni una sencilla lápida indicaba el lugar donde reposaban sus restos mortales.

Si Maria llevada de un sentimiento religioso, que

rayaba quizá en fanatismo, apeló á medidas demasiado violentas para restablecer el catolicismo, sus faltas fueron las de aquella época, en que la religion era tambien una cuestion de política. Igual intolerancia, iguales crueldades, tuvieron lugar en los dos reinados anteriores y en el de su sucesora.

Los historiadores protestantes en medio de su odio implacable contra María, no han podido menos de hacer justicia á su carácter leal y sincero, á su consecuencia con sus amigos, á su generosidad, que la obligó á desprenderse hasta de sus propias joyas para indemnizar á familias indignamente despojadas por su padre. Restableció además antiguas leyes de utilidad general, alentó las artes, y creó varios establecimientos piosos.

Estos lijeros rasgos bastan por sí solos para hacer decaer, ó por lo menos disminuir, la odiosidad con que ha llegado hasta nosotros la memoria de María Tudor, reina de Inglaterra.

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LITERATURA.

Á UNA NIÑA.

Niña que vas corriendo
por la enramada,
trás esa mariposa
que en pós te arrastra;
Deja que huya...
¡Mira cuál de tus ansias
cruel se burla!

Mira como en la rama
tranquila espera,
y huye cuando tu mano
la siente cerca....
¡Cómo comprende
que suspira por ella
tu alma inocente!

No formes, niña, empeño
de aprisionarla,
indiferente deja
luzca sus alas:
Verás entonces
que tranquila se posa
sobre las flores.

Lloras porque se aleja
y de tu alma
se lleva la ventura
con que soñaba....

Ay! pobre niña!
así son los encantos
que hay en la vida.

Todos como ese tienen
bellos colores,
y bajo su hermosura
alas esconden;

Con que al cogerlos
desaparecen cual humo
que lleva el viento.

¡Ojalá fuera siempre
la mariposa,
causa de que ese llanto
cual ahora corra!

Mas, ay! que un día
otras serán las penas
que tu alma aflijan.

Entonces de ese insecto
y de esas flores,
que fueron de tu infancia
las ilusiones,

Triste recuerdo
te dirá, que la dicha
ellas te dieron.

Y una lágrima amante
saldrá á tus ojos
por la edad en que el alma
sufre tan poco;
Que el llanto nuestro
causa una mariposa
y enjuga un beso.

JUANA DE OLIVARES.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

El ruido de una persona que se acercaba obligó á Inés á esconder su carta entre los pliegues de su blanco pañuelo de muselina, y se levantó á encontrar á Jorge, que venia corriendo en su busca de parte del enfermo.

Ahora, pensaba Inés gozándose en su inocente triunfo, ahora leeré y escribiré delante de él, y entonces veremos si soy una ignorante como las...

—Qué es soberbia? le gritó súbitamente su conciencia... «Un apetito desordenado de ser preferido á otros.»

Y ante aquella voz interior, que venia de Dios, humillóse Inés hasta el polvo, proponiéndose no emplear jamás medio alguno, por inocente que fuese, para captarse la voluntad del enfermo.

Por muy costosa que le pareciese aquella resolución, se abrazó á ella con fé, y entró en la sala esforzándose en responder con serenidad á las significativas preguntas que le dirigia á todas horas Eduardo de Santibañez.

Por mucho que se defendiese contra sí misma, permaneció enclavada al pié del lecho del enfermo hasta la hora de comer; era tan insinuante su voz, tan hermosos sus ojos, que la pobre muchacha sostenia una viva lucha consigo misma, y sin embargo el vivo encarnado que á cada frase coloreaba sus mejillas, hacia con frecuencia sonreír á Eduardo, que era demasiado diestro en materia de amores, para que se le escapase la circunstancia mas insignificante.

Al fin llegó la hora de la siesta; la paralítica y el enfermo dormían un sueño, al parecer tranquilo, y Inés empezó á respirar con libertad, pues Jorge aprovechándose de aquella hora de calma se habia encaminado á la casa del cura á revisar los caballos, y dar algunas órdenes á sus jóvenes compañeros.

Una vez sola, arrimó una silla á la mesita que estaba fuera de la alcoba, abrió con mucho sigilo su baulito, cubierto de becerro, sacó de él un tintero de cristal y un paquete de papel cortado, regalo del malogrado hermano de Teresa, y colocándolo todo sobre la mesita, se sentó y leyó á media voz las dos últimas cartas de Teresa, con el aceleramiento del que oculta largo tiempo un secreto y teme á cada instante verse sorprendido.

Parecia que la voz de Inés tenia el mágico poder de hacerse oír aun á través del encantado velo que envolvía los sueños del gallardo huésped, y ora fuese que dormido como despierto solo pensaba en ella, ora que en la calma que reinaba, se percibiese al mas lijero murmullo, Eduardo creyó escuchar el eco imperceptible de aquella voz querida, y abrió los ojos alargando cuanto pudo la cabeza para oír mejor.

En el silencio que reinaba en la habitación conoció que Inés estaba sola, y sin duda rezaba, por-

que el murmullo era monotono y perceptible apenas. Colocada la mesa fuera de la alcoba, érale imposible verla, pero lo poco que se alcanzaba de su ropa hacia adivinar que estaba sentada.

Oh! no! no reza, pensó Eduardo, estoy seguro de que solo reza de rodillas; á mas, el Crucifijo está allí junto á la cama de su madre.... luego ... habla sola.... escuchemos.

El ruido que hizo Inés al dejar las cartas sobre la mesa, vino á iluminar rápidamente la imaginación de Santibañez, que ahogó el grito de alegría que iba ya á escaparse de sus labios.

—Lée! lée! pensaba embriagado de gozo, como si acabase de descubrir un rico tesoro.... era el ruido de un papel.... lée una carta.... pero ¡oh! qué idea!... una carta tal vez de un amante á quien ha dado ya su corazón.

Eduardo palideció de nuevo, comprimió el ruido de su fatigosa respiración, y se apoyó sobre las almohadas para escuchar, porque aunque le costase la vida queria oírlo todo.

Después de algunos momentos de silencio Eduardo percibió un ruido sordo y continuo, como el de un raton que roe un pergamino, y su corazón empezó á latir con tal violencia como si quisiera salirse del pecho... Oh! no habia duda; Inés callaba.... aquel ruido era de la pluma que corría ligeramente sobre el papel. Escribia... ella tan hermosa escribia, y escribia contestando sin duda á la carta que acababa de leer. Oh! rabia!

Eduardo no pudo soportar en silencio las diferentes emociones que le agitaban; pálido, fuera de sí, perdidamente celoso sin saber de quién, locamente enamorado de la hermosa aldeana, que leia y escribia como la señorita mas inteligente, exclamó con un acento lleno de amargura:

—Inés! ven!

Inés, asustada, ocultó rápidamente sus cartas en el cajon de la mesita, y corrió al instante hácia la alcoba; el enfermo se hallaba en un estado de exaltación que casi le hacia temible.

—Qué hacías? le preguntó devorándola con sus hermosos ojos.

—Yo?

—Sí, tú, tú, que haces esa pregunta mientras meditas una respuesta. ¿Qué hacías ahora?

—Señor.... no puedo decírselo....

—Y por qué? preguntó Eduardo temblando como un tercianario.

—Porque es un secreto, señor.

—Pues bien, es preciso que yo lo sepa.... serémos dos á guardar ese secreto.

—Imposible, señor... ese secreto pertenece á otra persona.

—Ah!!! exclamó Eduardo cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Oh! silencio por Dios! dijo Inés con voz suplicante, inclinándose sobre el rostro de Santibañez, hasta abrasarle con su aliento. Silencio, porque mi madre misma ignora ese secreto.... no me obligueis á decirle una mentira, que seria la primera de mi vida.

Eduardo llevó la mano de Inés á su frente abrazada, como para hacerle ver lo que sentia, luego mirándola cara á cara:

—Amas? le preguntó con terrible ansiedad.... Inés calló.

—Oh! júrame que no amas á nadie!

Inés meneó tristemente la cabeza; érale imposible jurar en falso, é imposible tambien decir la verdad: sus ojos bajos, la agitacion que se notaba en sus facciones no dejaban lugar á la duda.

Entonces, dijo Eduardo reclinándose tristemente en su lecho, soy un desgraciado, un....

Inés se ahogaba: el semblante pálido y descompuesto de Santibañez respiraba una dulce melancolía que le hacia parecer mas hermoso, y cediendo á un sentimiento de amor y compasion á la vez, estrechó la mano que Eduardo habia dejado caer con abandono, y derramó sobre ella dos lágrimas de fuego, que cayeron gota á gota sobre aquellos dos corazones apasionados.

Inés salió en seguida de la sala, recorrió todos los rincones de la casa, como huyendo de sí misma, y al ver á Jorge que volvía se ocultó en el jardinillo, echándose á llorar amargamente, y murmurando con dolor:

—Oh! Dios mio! ¿por qué no soy rica, ó él pobre?

—Jorge! acércate! dijo Eduardo con una voz tan alterada que hizo retroceder á su fiel criado.

—Acércate.... mi juicio se trastorna.

—Ah! señor! respondió Jorge acercándose, eso ya es otra cosa.... será el mismo capítulo del amener.... me habeis asustado.

—¡Silencio, imbécil! no se trata ahora de broma, se trata de una cosa muy seria.... abre el tirador de esa mesa, y dame los papeles que halles en él.

—Pero, señor!... replicó Jorge indeciso al ver las cortinas de la paralítica un poco entreabiertas.

—¡Yo lo mando! gritó Eduardo en el último grado de cólera.

Jorge obedeció, no sin echar antes una mirada

hacia las cortinas entreabiertas, y entregó á su amo las tres cartas. *(Se continuará.)*

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LUCIA.

(Conclusion.)

VI.

Tres años pasaron.

El llanto habia desteñido las rosas de sus mejillas, abrasando los cercos de sus ojos.

Lucía no era ya la misma: era una flor marchita, sin colores y sin aroma, la última luz del sol cuando muere en el Océano.

—¡Pobre Lucía!...

Tres años de martirio y de dolores; sin qué pasara un dia en que dejase de verter llanto! Sin qué un momento gozase de la calma de otro tiempo!...

¡Y su madre no la veia llorar! ¡ni adivinaba la palidez de su semblante, ni enjugaba las lágrimas de sus ojos!...

—Por qué?..

Un dia y otro dia, y otro, hablóla de su pensamiento favorito: del casamiento con Jorge.

Lucía calló un dia, y otro, y otro; sin embargo, cuando trataron de fijar la época en que se habia de verificar, arrojóse en brazos de su madre, y la contó la historia de sus amores.

Desde aquel dia aumentóse su sufrimiento.

La madre habia comprendido la intensidad de aquel amor y le habia respetado: ya que no hacerla completamente feliz, la habia infundido esperanza y valor, habiendo desistido en su proyecto de unirle con Jorge.

—Era tan buena!...

Creia completamente feliz á Lucía, cuando era mas digna de compasion. ¿Acaso no observaba que su madre caminaba al sepulcro, que necesitaba cuidados mas asíduos, y que la miseria se aproximaba á pasos ajigantados?...

Hé aquí lo que la entristecia.

Luchaba y era impotente para sostener la lucha: lloraba y no queria turbar con sus lágrimas las horas postreras de la vida de su madre: padecia, y jamás sus lábios lanzaban un quejido por temor de precipitar el fin de su existencia.

—¿Habia Dios olvidado á aquel ángel?...

VII.

Breves dias despues, cuando ya pronto se cumplirian seis años desde que marchó Tomás al ejér-

cito, Lucía se encontró sin el pan necesario para llevar á la boca.

Su madre yacía en cama.

Ella trabajando día y noche, apenas ganaba lo suficiente para alimentarse.

Había vendido sus sillas desvencijadas, sus aves, sus pendientes, y su cabrita blanca.

No le restaba nada: ni Dios tan solo se dignaba tenderla una mirada.

En este estado pasaron dos semanas: su situación era cada día mas penosa. Se encontraba enferma, próxima á desfallecer, á morir tal vez de pesar y de amargura.

Y pensó en la anciana enferma.

Una idea vino entonces á cruzar por su mente, y se dispuso á ponerla en práctica.

Ni una lágrima brotó de sus párpados: sus labios no exalaron ni un suspiro....

—¡Todo por su madre!...

VIII.

Pasados tres días el aldeano Jorge decía á sus amigos:

—Mañana al amanecer os espero á mi boda.— Vendreis?...

¡Se casaba Lucía!...

IX.

Acabó la ceremonia en la Iglesia.

Retiráronse los novios, y con ellos los convidados de ambos sexos. Todo era placer y alegría: Lucía únicamente se hallaba abstraída completamente de la alegría y del placer.

Vestida con el zagalejo de color de grana, testigo en otro tiempo de las horas de dulzura, estaba hoy pálida como un busto de mármol.

Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos: estaban tranquilos é inmóviles como los de un idiota.

Llegados á la casa tomaron asiento al rededor de una mesa. Comenzaba el festín.

Era ya tarde y faltaba una persona; el cura.

En aquel momento entró pálido y tembloroso.

Traía un periódico en la mano.

—Qué tiene vd., padre? le preguntó Jorge.

El cura levantó al cielo sus ojos humedecidos en llanto.

—He perdido un hijo á quien amaba con delirio; vosotros uno de vuestros mejores hermanos.

—Pues?... preguntaron todos.

—Oid lo que dice este periódico, hablando del último encuentro que han tenido en Cataluña los carlistas con las tropas de nuestra Reina doña Isabel II.

«Se ha ganado la acción. Los facciosos han si-

do derrotados, habiendo dejado en el campo las dos terceras partes de su gente: por la nuestra solo tenemos que lamentar la pérdida de algunos soldados y de uno de nuestros mejores oficiales...»

—¿Sabeis quién es? preguntó el cura interrumpiendo la lectura del periódico.

Todos guardaron silencio.

—Este oficial pues, dijo, es el capitán Tomás...

Un grito de placer y dolor al mismo tiempo agudo y prolongado le impidió continuar.

Lucía había caído desmayada sobre la silla.

X.

Una enfermedad gravísima la tuvo postrada largo tiempo en el lecho.

Cuando se halló restablecida encontró una carta dirigida á ella.

Era de Tomás.

Había llegado el día de su boda.

Lucía no sabía leer, pero la hubiera sido fácil, gracias á cualquier otro, saber lo que decía.

A pesar de esto no dudó un momento.

Aproximóse á la chimenea y la arrojó al fuego.

Luego la vió morir hecha cenizas, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Tuvo la conciencia tranquila, y los latidos de su corazón fueron iguales y serenos.

—Gracias, Dios mio, murmuró....

Un rayo de sol que entró en aquel momento por la ventana, fué á reflejarse sobre su frente.

Era la bendición de Dios: el premio á la virtud y al cariño filial, la redención de un juramento hecho seis años atrás.

XI.

Si alguna vez llegas Amalia á pasar por la aldea de*** acuérdate de la historieta que te he dedicado.

A la derecha, entrando en el pueblo, y á la sombra de dos corpulentos álamos blancos, se levanta una casita, blanca tambien, con jazmines que tapizan su puerta y techos de pizarra.

Es la morada de Lucía.

Jorge y su mujer son felices.

Ella ha desterrado de su mente para siempre el recuerdo del soldado, y él por su parte ha logrado hacerse amar de ella á fuerza de sacrificios y desvelos.

La anciana madre de Lucía ha muerto bendiciéndolos.

Si llegan á tener hijos algun día deben relatarles sus recuerdos, para que aprendan en ellos los deberes de la hija y los sacrificios de la mujer.

Si así sucede; *qué feliz será Lucía!!*

RAFAEL MONARES INSA.

REVISTA DE MADRID.

Ocho dias há que se encendieron los faroles del Prado.

Las nubes, enemigas de la luz, tronaron iracundas contra esta disposicion, y despues lloraron desconsoladas.

El vecindario de la coronada Villa en vista de este llanto quiere coger el cielo con las manos.

Pero estas lágrimas con que se despide la primavera se enjugarán, y los paseos recobrarán su perdida animacion.

Es verdad que con la primavera se irán las flores, y con las flores las niñas.

Y se acabarán los bailes y las tertulias caseras.

Y se cerrarán los teatros.

Pero en cambio comenzarán las fiestas coreográficas de las *Delicias*, la *Camelia*, y otras sociedades campestres que comercian en piruetas al aire libre.

Y las tertulias, á voluntad de sus dueños, se trasladarán al Prado, donde se estará con la misma franqueza que en casa, y se ganará en ver mas ó menos, segun convenga, y en ser mas ó menos vistos tambien, á gusto del consumidor.

Los teatros como las casas grandes se cierran durante los meses del estio, y sus habitantes se van á veranear, á imitacion de los aristócratas.

Y es que los actores, efecto de su carrera, varían de papel y de domicilio con arreglo á las circunstancias y á las estaciones.

Cuando cierra las puertas de sus templos Talía recoge sus ofrendas y guarda las llaves. Ceres segando á su paso doradas espigas abre las puertas de los graneros, convoca á los labradores en las campiñas y les reparte sus frutos.

Esto último se entiende en los sitios donde haya frutos y frutas campestres, pues en Madrid no hay mas que *frotes* cuando sopla en Enero Guadarrama, y *fritos* en verano cuando á Febo se le antoja.

Verdad es que todos tienen el derecho de largarse, si no con viento fresco, con el viento que corra, cuando el calor aprieta, y que si por misterios de su bolsillo, que la borra envuelve, no pueden hacerlo, les queda el recurso de achicharrarse de *ocultis* en Chamberí ó en Carabanchel, para poder decir luego en Octubre que Deva y San Sebastian son los puntos mas deliciosos de la tierra.

Pero nosotros no escribimos ni para los que se van, ni para los que aconsejados de la orgullosa pobreza se esconden, sino para los que se quedan, por las razones que con su misma permanencia publican.

Para conocer las personas á quienes nos dirigimos, bueno será enumerar las que nos abandonan.

Junio es el mes de las salidas. En él los habitantes de la Villa del Oso las hacen de todas cla-

ses; de tono y de tino, en falso, oportunas, de pié de banco, inesperadas, etc., etc.

Salen de *tino*: las niñas á quienes el papá anuncia un viaje de recreo y no están enamoradas, ó aun cuando lo estén, han tomado tambien como recreo esta pasion;

Los estudiantes que vuelven al pueblo con notas de sobresalientes.

Salen de *tono*: los mismos estudiantes que dejan en la coronada Villa dos asuntos en suspenso, su calificacion universitaria y sus amores;

Los amantes á quienes las pollitas viajeras abandonan huyendo del calor, los cuales durante la ausencia andan diciendo por calles y plazas:

*Ojos que la vieron ir
¿cuando la verán volver?*

Salen en *falso*: los que por razones de *poco peso* dejan á Madrid y buscan en cualquiera de los pueblos que los rodean los placeres de Biarritz y Baden;

Los que se marchan para poner á prueba la constancia de alguna mujer;

Los cómicos que van á capitales de tercer orden;

Los que estando verdaderamente enamorados hacen un viaje para curarse de su pasion, porque comó dice la seguidilla que ya hemos citado en otra ocasion:

*Es amor en la ausencia
como la sombra,
que cuanto mas se aleja
mas cuerpo toma.*

*Que ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.*

Son salidas inesperadas las de los acosados por cualquier causa, y de los arrepentidos en cualquier terreno.

De pié de banco, las de los tontos, aunque no se vayan.

Y oportunas todas las que no pueden enumerarse en ninguna de las clases anteriores.

A todos y á cada uno de estos viajes precede por supuesto su correspondiente despedida; ni aun los que hacen salidas inesperadas faltan á esta costumbre, puesto que se despiden de todos, por mas que lo hagan á la *francesa*.

El estudiante se despide del café y de la patrona.

La pollita del Prado, del balcon y del teatro.

El jugador de sus garitos de invierno.

Los cómicos del café de Venecia.

Los mayorazgos de sus caballos y sus coches.

Los tontos de todo el mundo por publicar su viaje.

Los enamorados unos de otros.

Aquí de los juramentos, que suprimimos por no jurar en vano.

Aquí de los temores, las esperanzas, los suspiros, etc., etc.

A propósito de estas despedidas vamos á copiar para despedirnos tambien nosotros una anónima que podrá utilizar en las actuales circunstancias algun enamorado.

Dice así:

Te vás y me abandonas—dueño del alma—Adios me dejas fresco—sin tomar aguas.—El cielo quiera—que en los baños no olvides—lo que aquí dejas.

Las nubes y las niñas—se van á un tiempo.—¿Será que á merced ambas—están del viento?—Ay! los amantes—tienen su amor entonces—siempre en el aire.

¿Qué tres meses, bien mio—se me preparan!—Por las noches al Prado—de día en casa.—Contando siempre—los minutos que faltan—hasta Setiembre.

Iré algunas mañanas—al Buen-Retiro—allí donde el ambiente—todo es suspiros—y algunas tardes—bajaré á las orillas—del Manzanares.

Te escribiré seis pliegos—en cada día—escríbeme tú al menos—cuatro carillas.—Y adios mi alma—voy á comprar los sellos—para las cartas.

GAZEL.

MODAS.

La inconstancia del tiempo y los chubascos que nos han alcanzado estos días, como consecuencia sin duda de las inundaciones que afligen á otros países, tienen desoladas á las mas impacientes de nuestras elegantes, que no pueden lucir las novedades que tenían preparadas para la inauguración de los faroles del Prado.

No pudiendo describir la moda de la primavera, porque no la encontramos en los paseos, nos contentaremos con analizarla, segun los preparativos de que tenemos noticia. La Moda de actualidad se asemeja á una margarita: nada hay tan gracioso ni distinguido como esos lindos rizados y plegados que nos recuerdan el tiempo de Maria Antonieta. No son solo los vestidos los que se decoran con volantes picados y escarolados á la antigua: los fichús, los cuellos, las mangas ostentan tambien en sus adornos estas disposiciones de plegado menudo.

Las manteletas conservan en sus volantes el plegado grueso, con cintas labradas, con terciopelos, y algunas con adornos de azabaches, ó de guirnaldas bordadas en seda. Las mas elegantes van guarnecidas de blonda ó de guipure. Se va gene-

ralizando el sustituir el grós, con el muaré anti-que para estas confecciones, lo que las hace infinitamente mas ricas. Las de *negligé* van ordinariamente guarnecidas de un fleco de seda, suprimiendo los volantes. Para verano se preparan algunas, compuestas de entredoses de guipure, alternados con tiras de tafetan: entre tira y tira se coloca una cinta estrecha sobrepuesta: el bajo de la manteleta lleva un volante ancho de guipure de Venecia.

Como el verano llama á nuestras puertas, por mas que la primavera, como niña mimada, nos muestre á veces un gesto regañon, vamos á terminar nuestra revista con la descripcion de un peinador ó bata, de un efecto delicioso. Es de muselina, y su falda va adornada de huecos de lo mismo, cortados de trecho en trecho, por terciopelitos estrechos, que guarnecen tambien la parte alta y baja de estos afollados. El cuerpo y mangas están en armonia con estas disposiciones.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

Núm. 1. *Sombrilla marquesa*.—Para esta elegante sombrilla se cortarán siete pedazos de grós de Nápoles, de la dimension que señala el patron: su dibujo es para bordar al pasado en sedas. Escusado es decir que se debe encargar al que arme la sombrilla que case con cuidado los dibujos al unir las partes que la componen. Se forrará de tafetan blanco, guarneciéndola con un flequillo de seda todo al rededor, y con un lazo de cinta, con cabos flotantes en el centro. Este dibujo tambien puede bordarse en *aplicación* sobre tul de Bruselas, colocándolo sobre un grós, color de rosa ó celeste.

Núm. 2. Vista de la misma sombrilla armada.

Núm. 3. *Cuello*: bordado á la inglesa y feston.

Núm. 4. *Tira*: bordada á la inglesa y al pasado.

Núm. 5. *Guarnicion* para mangas: correpondiente á la del núm. 2, del pliego repartido en 8 de Abril.

Núm. 6. *Entredos*: para hacer juego con la guarnicion anterior.

Núm.^s 7, 8, 9 y 10. *Nombres*: al pasado.

Núm.^s 11 y 12. Moldes para un estuche ó caja de anteojos, cuyo diseño y esplicacion daremos en el grabado de labores del día 30 del corriente.

MADRID: 1856.—Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.